

COMENTARIO

D. Quijote encontró ya un bandido colgado en un árbol. En las varias ocasiones que he repasado estos CAPÍTULOS, he cambiado ó suprimido todo lo que pudiera parecer imitación de otras escenas de Cervantes: ahora no me es posible; y sin ánimo de imitar, dejo en pie este pasaje, por fuerte necesidad de la justicia. Tenía yo que imponer á ese malandrín un castigo digno de su vida, y nada más puesto en razón que hacerlo ahorcar. La Santa Hermandad estaba facultada para la ejecución inmediata de los delincuentes excepcionales en donde los echara mano, sin llevarlos á Peralvillo, que era el ahorcadero general. «Le perseguiré más allá de la tumba, decía sir Philipp Francis, hablando de un ministro perverso, y le cubriré de infamia en la eternidad misma.» Sir Philipp Francis tenía en la memoria la ferviente recomendación que Polibio hace á las generaciones venideras, de no dejar un instante en reposo la sombra de Marco Antonio é ir agarrochándola hasta el fin de los siglos. Vayan estos ejemplos para los que, probablemente, pensarán que me propaso en la aplicación de las leyes inmortales de la moral y la justicia. Como quiera que sea, el criminal se queda en su picota, y ésta no es imitación directa del *Quijote*, pues ahorcados en árboles se hallan muchos en las novelas clásicas españolas de los siglos décimosexto y décimoséptimo. En el *Persiles*, de Cervantes mismo, vuelve el lector á tropezar con un ahorcado en un árbol. Los autores, jueces terribles, á las veces, suelen castigar á los malvados con infamia perpetua: cosa justa y debida.



CAPITULO XLVII

DONDE SE VE SI LE FALTABAN AVENTURAS AL BRAVO D. QUIJOTE

Andado habían hasta las doce, sin encontrar alma viviente, hora en que desembocaban en el camino real. Los primeros con quienes toparon fueron una vieja, dos muchachas y un mozo hercúleo, muy listo y despierto. No hubiera sido posible que D. Quijote dejara de preguntarles quiénes eran y adónde iban. La vieja respondió que la necesidad de sus negocios la llevaba con su hijo y sus sobrinas á un pueblo á cuatro leguas de allí. Mientras D. Quijote estaba hablando con las mujeres, Sancho se había desmontado sin decir palabra, y arremetiendo con el mozo le asió por el pescuezo y se echó á gritar: «¡Favor al rey! ¡Aquí de la Justicia!» El hombre, que se vió tratar así de un bonachón como ése, le tomó por los fondillos, y volteándolo patas arriba holgadamente, dió con él de cabeza en el suelo. Como D. Quijote embistiese lanza en ristre al enemigo de su escudero, mostró el perillán las herraduras con tal presteza, que ni sobre Hipogrifo le alcanzara el valeroso manchego. Con todo, apretó el caballero las espuelas, y se iba tras el fugitivo, cuando sus pecados, ó los de Rocinante, hicieron que éste se fuese de bruces, dando con el jinete por las orejas en el polvo. Como el barragán no anduviese á gran distancia, volvió sobre el caído y se puso á darle mil vueltas sobre él mismo, poniéndole, cuándo boca arriba, cuándo boca abajo, en rotación asaz curiosa y diverti-

da, y se alejó sin gran miedo de esos valerosos señores. D. Quijote le estaba llamando y desafiando en muy fuertes razones: «¡Non fuyas nin te escondas, cautivo! ¡Conoce tu pecado, malandrín!» Alcanzó á ponerse en pie, después de mucho trabajo, montó como pudo, y con gentil continente, lleno de valor y poderío, se fué para donde habían quedado la vieja, su comparsa y su buen escudero. Hallólos asidos á una maleta, mochila ó fardel, bregando las mujeres por defender esa quisicosa, y Sancho por arrancársela, con la más extraña porfía. «Sepamos de lo que se trata y lo que significa este concurso de manos, dijo. — Este hombre, respondió la vieja, ó más bien este demonio, quiere hacerse pago con nuestro ajuar de no sé qué alforjas que le han robado el año de cuarenta. — «Ningún home, dijo D. Quijote, con los estatutos de la caballería, faga algravio á viuda, dueña ni doncella fijodalgo, aunque ellas estén contra él; ca non es de los fuertes el faser sentir su poder á esos seres débiles y para poco. Las hay que son á las veces ariscas; mas por ende non ha el caballero de tornar en tiranía lo crescido de sus fuerzas.» ¿De qué proviene, Sancho, que á un Panza en gloria como tú, le halle yo tan belicoso? ¿Es batalla campal? ¿Es asalto de ladrones? — No es sino rendevicación de mi hacienda, respondió Sancho. — *La justicia*, replicó D. Quijote, *es siempre muy buena cosa en sí, é de que debe el rey siempre usar*. Admírame que tan en olvido pongas las *Siete Partidas* de nuestro sabio D. Alfonso. No reivindicas, sino rendevincas tu hacienda: vaya en gracia; mas no es justo que lo que te robó el gitano paguen las gitanas. Suelta esa joya y vente luego adonde tendrás en abondo objetos har-to más preciosos que éste por el cual suspiras. — Déme vuesa merced licencia, volvió Sancho á decir, para hacer cala y cata del contenido, ó aquí me caigo muerto de resentimiento. — Si tanto puede la curiosidad contigo, haz lo que deseas; ni será tan egoísta esta buena señora que se rehuse á satisfacerte á costa de tan poco. — Primero me han de ver el cuerpo que registrar mi argamandijo, respondió la vieja. Bonita soy yo; y ¡montas!, que el caballero nos lo manda. — ¿Ésas tenemos?, dijo D. Quijote: ma-

nifestad al punto las entrañas de ese mueble, señora vieja, so pena de ir cortadas las faldas por vergonzoso lugar.» Una de las muchachas tuvo miedo al ver cómo se enojaba esa estantigua de D. Quijote, y con mucho despejo y desenvoltura intervino diciendo: «Por amor á este caballero, hágase lo que él manda. Ese gesto es de persona de mucho modo. Ni será dicho que nosotras en vida ó en muerte negamos el gusto que nos piden, ó que llevamos cosas robadas dentro de esta maletilla. — En un corazón estamos, agregó la vieja; eso pido, y que estos señores vayan contentos. Abre, hija, abre; no tengas vergüenza de nuestros bienes de fortuna; que á malas hadas, malas bragas.»

Abierta aquella bolsa, lo primero con que dió Sancho fué un mazo de barbas que le admiraron, así por la longitud como por el color. «Á las barbas con dineros, honra hacen los caballeros, dijo. ¿Cuánto le producen á vuesa merced estas barbas, señora madre? — ¿Producir?, respondió la vieja; me cuestan un ojo de la cara. — ¿Pagáis por ellas?, preguntó D. Quijote. ¿Á qué género de contribución ó pontazgo están sujetas? — Qué más pontazgo que las lágrimas que me hacen derramar cada vez que las miro, señor caballero. Á falta de tierras, títulos ni bienes de otra clase, mi marido, que en Dios descansa, el rato de morir se las arrancó á posta por que no se dijera que nada me había dejado. — ¿Son benditas estas barbas?, preguntó Sancho á su vez. — Lo serán, hermano, respondió la gitana, tan luego como topemos un sacerdote que nos las bendiga. — Nada menos merecen, repuso el escudero, que bendición episcopal.» Y echándose las á las quijadas vió que le sentaban de perlas; y sin más averiguación se las guardó en el bolsillo. «Ahora veamos, dijo, lo que contiene este bote. — Son mudas ó afeite de rostro, buen hombre. Afeita un cepo y parecerá un mancebo. No seréis vos quien meta la mano en este sagrado; yo iré sacando cosa por cosa, y vuestra curiosidad será satisfecha. Peines, pinzas para los vellos impertinentes, cejas de repuesto, carmín para los labios, espejo de camino. Este cajetín es de lunares, para cuando convengan: leche de vieja, agua de perfecto amor, enjundia de avestruz, sebillos,

vinagrillos... — La hermosura de estas doncellas, dijo D. Quijote interrumpiéndola, bien merece estos adminículos: ¿en qué ocasión los benefician, señora madre? — Esto es lo que sobra, señor; á lo menos ellas no pueden decir que por mí falta para que vivan contentas. — Ya comprendo, volvió á decir D. Quijote: vos sois *la aguja que las guía en el maremágnum de sus bailes, sus donaires y aun embustes*. ¿Qué otra cosa contiene esta caja de Pandora?» Sancho Panza metió los cinco dedos y sacó un frasquito rojo. «Sangre de drago, dijo la vieja. — De murciélago, corrigió Sancho, y siguió haciendo la revista: un jeme de sogá de ahorcado; un cabo de cera verde; un envoltorio de ceniza de romero, ¿ó son los polvos de la madre Celestina? — ¡Jesús!, respondió la vieja, ¡yo polvos de la madre Celestina!... Esa muñequilla es el cisquero de mis hijas, de la cual se sirven para sus dibujos. No se hagan malos juicios, y déjennos estos señores con nuestras chilindrinas.» Diciendo esto echó la llave á la que D. Quijote había llamado caja de Pandora, y le pidió su bendición para seguir adelante. «Buena manderecha, dijo el caballero: mirad como no topéis con el Santo Oficio, y haced que os llame Dios, buena mujer. — Como él me venga á ver, la puerta estará franca,» respondió la vieja; y haciendo una cortesía, así ella como las muchachas, se alejaron á paso menudo y aprisa. No habían andado quince varas cuando la señora mayor volvió al mismo trocillo á D. Quijote, y dijo: «Si vuesa merced fuere curioso de saber su porvenir, mis hijas se lo dirán de pe á pa: en la uña tienen el arte de leer lo futuro, y por Dios que no se yerran. — Vengan luego, respondió D. Quijote: ¿cuál es el ramo de adivinación que profesan?» Llegáronse las muchachas, y la vieja prosiguió de este modo: «Supongo que vuesa merced tiene una mano; que esta mano tiene líneas, que estas líneas ocultan un secreto: pues ahí está el *quid*, señor caballero. — ¿Mediante qué suma ó cantidad?, preguntó D. Quijote. — Veinte reales, respondió la vieja. — Oiga, señora madre, las doncellitas profesan la quiromancia.... ¿No entienden también de onirocrítica, de metoposcopia y especulativa? Mira, Sancho, cómo das á esta buena ma-

dre diez reales de los veinte que necesita. Yo no he menester que nadie me diga la buena ni la mala ventura, porque tengo creído que más presta para la tranquilidad la ignorancia que el conocimiento de lo venidero. Id con Dios, buenas mujeres, y no busquéis al diablo con estas trapacerías que harto huelen á Zuggarramurdi.»

De mala gana, pero obedeció Sancho; ni había poner dificultades cuando las órdenes de su señor eran perentorias. Tomaron las aventureras la limosna de D. Quijote, y entre cuitadas y agradecidas siguieron su camino. Hizo lo propio D. Quijote, á la voluntad de Rocinante, por donde y al paso que á este su buen amigo se le antojase. Mientras iba andando dijo el caballero: «Estas bolinas y pendencias, Sancho, dejan conocer la poca elevación de tu alma; ni es de valientes el buscar mujeres para sus hechos de armas. Si en todo caso quieres combatirte con gente femenina, ahí está Pentésilea, reina de las amazonas; ahí Alastrájea, ahí Pintiquiniestra, ahí la joven Marfisa. Pero como quien hace gala de su villanía, huyes de una triste gigante Andandona, y buscas alcahuetas ó adivinas para tus zipizapes, y aun de ellas te dejas pelar las barbas. — ¿Las barbas?, respondió Sancho, sacando las que había hecho olvidar á la hechicera; éstas son las que me pelan, Sr. D. Quijote. — ¿Á qué título te has quedado con ellas?, preguntó el caballero: ¿compra, fideicomiso, donación entre vivos? Ahora veamos de qué te sirve este vellón de lana, á menos que tengas resuelto dar en ermitaño. — ¿De qué me sirven, Sr. D. Quijote? Me las encajo, quedo que no me conoce la madre que me parió, llevo de improviso á mi casa, como quien pide posada para una noche.... Vuesa merced adivina lo demás. — Reinaldos de Montalbán, respondió D. Quijote, se negó á llevar á los labios la copa encantada cuya virtud era descubrir los secretos más íntimos de la mujer del que la apurase. Reinaldos procedió con gran cordura. La prueba del agua amarga, amigo Sancho, puede causar inmenso daño, si es adversa, en el hombre inconsulto que la hace; si es favorable, nada ha ganado y se ha expuesto sin necesidad al

mayor disgusto de la vida. ¿Por qué vas á buscar secretos peligrosos atrás de la honestidad de tu mujer? Si los hay, deja que se pierdan en tu ignorancia, y vive satisfecho de tu virtud presente. Ya un celeberrimo poeta expresó este concepto en su lengua cuando dijo que esa prueba *potria giovar poco e nocer molto*. Sírrete de esas barbas para otra cosa, y no para labrar tu desventura. Lo mejor sería que volviesses hacia la hechicera y se las entregases como hombre de bien. No porque una cosa se llame barbas, te has de apoderar de ella á mano armada. No vayas todavía y dime lo que te movió á embestir con el malandrín que te puso patas arriba. — ¡Oxte!, respondió Sancho: ¿vuesa merced tuvo el alma dormida que no reconoció al ciego de las alforjas? — ¡Conque era el bellaco del ciego!, volvió á decir D. Quijote; avísamelo con tiempo, y allí me las pagaba todas. Ahora mismo estoy por irme sobre él y sacarle del santantórum, si allí se hubiere metido. Pero no se dirá que don Quijote de la Mancha se tomó con un perillán de su ralea, por el triste objeto que tú sabes.»



CAPITULO XLVIII

DE LO QUE PASÓ ENTRE AMO Y CRIADO, Y DE QUIÉNES ERAN
LOS SEÑORES QUE TOPARON CON D. QUIJOTE

Molidos los caminantes, adelantaban despacio, no menos muertos de hambre caballeros que caballerías. Eran las tres de la tarde cuando entraron por fin al camino real. Largo había sido el silencio: no habiendo qué comer, Sancho juzgó deletéreo el hablar; y para no debilitarse más con el uso de la palabra, hizo de necesidad virtud, ofreciendo á las ánimas benditas la obra de misericordia de venir callado. «¿Qué te parece, Sancho, dijo por último D. Quijote, si en este prado nos diésemos una hora de reposo, y algo que pacer á nuestras caballerías? — Mire vuesa merced, respondió Sancho, esas nubes que van como de fuga, y ponga el oído hacia la Mancha de Aragón. — ¿Ese trueno apagadizo que va trotando por lo bajo del cielo te intimida?, repuso D. Quijote. Echa pie á tierra aquí, á un lado del camino, y obedece á tu señor. Si algo sé de lo que pasa en mí, ahora es cuando tu repostería me hará muy al caso: acomódame con una ala de pollo, y regálate por tu parte como quieras. — Vuesa merced toma las cosas por donde queman, dijo Sancho. Haga fisga de mi cara de caballo, pero no de mi necesidad. A la moza con el mozo, señor, y al mozo con el pan. Bonito soy yo, añadió desmochándose el colmillo con la uña del pulgar: á quien dan no escoge, á quien no dan no come. Más cura la dieta que la lan-

ceta; más desmejora el hambre que el calambre. Adiós, que me voy.» D. Quijote estaba hinchándose de cólera, y con falaz sosiego reiteró la orden de servirle. Sancho siguió respondiendo con ironía; insistió el uno, porfió el otro, y el fin de la oposición fué irsele D. Quijote encima y darle tal soplamocos que la sangre corrió á borbotones de las narices del pobre escudero. Aquí fué alzar el grito el malaventurado Sancho: la injusticia, el resentimiento hicieron que se fuese en lágrimas y en tristes recriminaciones. El decoro le mantuvo todavía á D. Quijote en una indignación facticia, alto y severo delante de su criado; mas cuando éste le redujo á la memoria que las alforjas eran propiedad del ciego, más de un año hacía, no estuvo en su mano reprimir su enterrecimiento: arrepentido y bondadoso le echó los brazos al cuello con efusión tal, que el bueno de Sancho se tuvo por indemnizado y plenamente satisfecho. En pasándole el ímpetu que con frecuencia le daba de irse á su casa, estaba siempre resuelto á seguir al fin del mundo á señor tan noble y franco. Empezó, con todo, á maldecir al ciego, y los maldijo una y mil veces á él, á la madre que le parió y á toda su parentela, considerando los ayunos y desmayos que iba á pasar en el camino. «Según comprendo, dijo D. Quijote, es hambre lo que tienes: esto debe de provenir de que no has comido todo el día. ¿Tan poco se te entiende de achaque de cocina? El maestro Joachim, cocinero de Carlos V, no necesitaba sino dos horas para disponer, cocer y servir la mejor comida. — Pecador de mí, dijo Sancho, déme vuesa merced los rudimentos necesarios, y le preparo tal guiso que en su vida ha de querer comer otra cosa. — Guiso de rudimentos, respondió D. Quijote enderezándose; para mis barbas que no ha de ser cosa de golosinas. Quisiste decir berros, espárragos ó cosa de éstas. — No quise decir sino rudimentos, señor D. Quijote; esto es, los principios, los útiles de los manjares. — Eso se llama elementos. Los tendrás así como se nos desencajote el cielo de la fortuna.»

En esta sazón tendió la vista por el camino y añadió: «No dirás que no es una algarada ó pelotón de gente enemiga esa

que por allá se nos viene aproximando. Veremos lo que nos quieren y si somos hombre que se amilana porque vengan entre ciento.» Apercióse D. Quijote á la pelea, y esta ocasión tuvo á bien esperar á pie firme al enemigo sin irsele al encuentro como era su costumbre. Puesto el yelmo de Mambrino, empuñó su rodela, y apoyado en su lanzón, se estuvo á esperar que llegasen los que á él le parecían gente adversa y bando contrario. Su seco, largo rostro, tostado por el sol y lleno de polvo, era tan singular como su porte y su armadura. Los que llegaban serían hasta ocho jinetes, la mayor parte de ellos en mulas. «Amigo, preguntó el que venía adelante, ¿sabréis decirnos si la venta del Moro se halla lejos de aquí? — Un caballero andante no es amigo, respondió D. Quijote. El que se llama D. Quijote de la Mancha sabe á cuáles preguntas responde con la boca, á cuáles con la espada. Aunque si he de juzgaros por vuestra catadura, primero sois notario que hombre de armas. — Y de los más honrados, replicó el de la mula. ¿No es amigo éste que debe ser Sancho Panza, puesto que vuesa merced es el afamado D. Quijote de la Mancha? — ¿Me conocías antes de hoy?, preguntó don Quijote. — ¿Y quién no conoce al caballero cuya historia anda en todas las manos y todas las lenguas? ¡Ea, señores, apearse y descansar en compañía del valiente con quien nos topa la fortuna! Soy del parecer que en este verde sitio hagamos una comida ligera, proporcionada á la hora y á la necesidad.» Apeáronse los pasajeros á instancias de D. Quijote, vuelto una seda con las adulaciones del escribano; y desenfrenados caballos y mulas para que se aprovecharan de la hierba del campo, se sentaron todos ó se recostaron, conforme les pedía el cuerpo. La cabalgata podía llamarse judicial, y su asunto era una vista de ojos respecto de cierta litispendencia entre dos comunidades que se disputaban los términos de una heredad: alcalde, notario, juriconsultos y peritos. Era el alcalde uno de esos que nunca *rebuznan de balde*, admiten regalos de ambas partes contendientes, y todo lo sujetan á la ley del encaje. Magistrado sin sabiduría, juez sin rectitud, hombre sin conciencia, y de imponderable cargazón,

nacido para alcalde de pueblo, ó más bien, alcalde de nacimiento. Nunca es uno sobrado tonto é ignorante para la profesión del Sabio.

El escribano por su parte merecía ser el preboste de su gremio. Hombre de malas carnes, por comido de remordimientos, si remordimientos caben en pecho de escribano; gafas verdes, patillas sin bigotes, peluca y lo demás. Hombre de esos que oyen misa todos los días, comulgan por Pascua florida y de Resurrección, asisten á la escuela de Cristo, suplantan firmas, esconden escrituras, forjan documentos, rezan su rosario por la noche y cenan su chocolate, poniéndolo todo á la cuenta de Dios y el papa. San Antonio por la castidad, San Buenaventura por la humildad, San Vicente por la caridad, es un fardo de pecados con el cual Satanás no carga todavía por falta de fuerzas. De los jurisconsultos, el uno es un grande hombre que, si á dicha sabe leer, no sabe otra cosa. Semejante á esos que, no siendo buenos para ninguna profesión científica, se gradúan en varias ciencias y son doctores en jurisprudencia, teología y otras hierbas: así éste, en casa ya la fama de buen jurista, echó por el camino de la elocuencia parlamentaria y dió en la política puntadas de tal magnitud (con aguja de amortajar suegras), que vino á ser el terror del gobierno y el primero de los oradores, aunque decía *la testiga* en sus discursos, y su retórica era ponerse la mano en la bragadura y herir con los pies el pavimento. *Eloquentia corporis*. Este viene por la una de las partes litigantes, caballero en una alfana, grande y soberbio como D. Jaime el Conquistador. Cide Hamete afirma que este personaje se llamaba Absalón Mostaza. No es vaciado en el propio molde el otro jurisconsulto, el cual frisa más bien con el escribano, por ser de su misma escuela: devoto, codicioso, flaco y feo como Judas, es buen abogado y viene por la parte contraria. Su nombre, Casimiro Estráu; pero generalmente es conocido con el de Estradibaús, por ciertas nubes de astrólogo y adivino que le bañan la conciencia, sin perjudicar un punto á su acendrada ortodoxia. Sus parientes y amigos le llaman Extra, corto, aludiendo á esa su distinción

y superioridad, que hacen de él la flor ó crema de la especie humana; y como él se juzga el más feliz de los mortales, todo está dicho con llamarle Extrafeliz, según le llaman, en efecto, los que más le quieren y admiran. Los peritos eran cualesquiera: el historiador no se para á describirlos, y sigue adelante á referir lo que sucedió entre los señores jurisconsultos y los aventureros.